

lido, resolvió renunciarlo para no buscar mas que en la práctica de la virtud su felicidad. Habiendo conseguido que le dexasen libre por una porcion de sus bienes, distribuyó los demas á los pobres, y hecho pobre así, él mismo entró en la orden de los padres Menores, y tuvo por maestro en las ciencias y en la observancia de las virtudes religiosas á san Bernardino de Sena, á quien conservó siempre el mas tierno afecto. Quando los enemigos de este hombre, igualmente piadoso que sabio, se esforzaron á hacer sospechosa su doctrina, Juan Capistrano fué á Roma á defenderle, y no contribuyó poco á confundir la malignidad de los que le calumniaban.

Conociendo el papa Eugenio. IV. el mérito del santo religioso, le encargó muchos negocios para servicio de la Iglesia. En el concilio de Florencia se valió útilmente de él para terminar la union de los griegos con la iglesia latina. Despues le envió en calidad de nuncio cerca de algunos príncipes adictos á Felix V., para reducirlos á retirarse de la obediencia de este antipapa. En todas estas comisiones acreditó Juan Capistrano tanta prudencia como habilidad; pero sobre todo quando esforzó su zelo por el servicio de la Iglesia, fué en la ocasion que Nicolao V. le envió á Alemania á predicar la cruzada contra los turcos en 1455. Patético y eficaz en su predicacion excitó á tan gran número de personas á tomar las armas contra el enemigo comun de la christiandad, que puso al valeroso Hunniades en estado de oponerse á los esfuerzos de los turcos, y hacerles levantar el sitio de Belgrado. Un éxito tan feliz del ejército christiano contra los infieles, que salvó á la Hungría, y quizá á toda la Europa, del yugo otomano, se debió en gran parte á las vivas exhortaciones de Juan Capistrano y á sus oraciones fervorosas. Inflamaba el valor de las tropas mostrándoles la gloria de que iban á cubrirse, y prometiéndoles el triunfo. La idea que se tenia de su santidad hacia que se le mirase como á un hombre inspirado del cielo, y sobre su palabra los ménos valerosos se hacian intrépidos. Juan Caspistrano sobrevivió poco á este gran suceso, habiendo muerto en el mes de Octubre de 1456, de edad de 71 años; y en el de 1690 le canonizó el papa Alexandro VIII. La obra mas notable de las que de él nos han quedado es un tratado de la autoridad del papa y del concilio, en que defiende con mucho calor los

intereses de Eugenio IV. contra los padres de Basilea.

Pudieramos tambien hablar aquí de muchos santos de ambos sexos que ilustraron el siglo XV. con sus virtudes, como san Casimiro, hijo de Casimiro III., rey de Polonia, y gran duque de Lusitania, que nació en 1458, y murió en 1484; san Diego, hermano converso de la orden de san Francisco, muerto en 1463; el Beato Luis Aleman, cardenal y arzobispo de Arlés, que presidió el concilio de Basilea despues de haberse retirado el cardenal Juliano Cesarini, y murió en 1450; santa Francisca, dama romana, de una familia noble y rica, que murió el año de 1440, y que habiendo enviudado despues de 40 años de matrimonio, fundó la congregacion de las oblatas, llamada así porque las vírgenes que la componen, en lugar de votos ordinarios, no hacen mas que una oblacion ó promesa por sí mismas, sin ligarse con una profesion irrevocable; santa Catalina de Bolonia, que abrazando desde la edad de 14 años la regla austera de santa Clara, fué uno de sus principales ornamentos; en fin la beata Coleta de Corbia, hija de un simple carpintero, que emprendió la reforma de la orden de santa Clara con una resolucion superior á todos los obstáculos, y falleció en Gantes el año de 1447. Pero los límites en que nos vemos precisados á contenernos no nos permiten entrar en mayores individualidades. Lo que hemos dicho basta para acreditar que á pesar de lo que habia decaido la piedad en este siglo, veia todavia la religion en todos los estados personas que la honraban con costumbres puras, con una vida penitente y con virtudes extraordinarias.

ARTICULO XII.

Escritores eclesiásticos.

Dexamos ya notado que el siglo XV. fué un tiempo de renovacion para las letras y para las ciencias por la necesidad que hubo de estudiar para combatir las heregias, defender los derechos de la Iglesia, y ventilar las questões delicadas que se trataron en los concilios de Constanza, Basilea, Florencia y en otras muchas asambleas ménos numerosas que tuvieron en Francia, Italia y Alemania sobre los grandes intereses en que estaban ocupados

entonces los ánimos. Las universidades se hallaban en su mayor lustre, y estas sociedades sabias influian en todos los negocios. Cultivábanse las ciencias eclesiásticas en las nuevas órdenes religiosas que se habian establecido, y que habiendo dexado el trabajo de manos se dedicaban al ministerio espiritual. Los conocimientos adquiridos por el estudio eran el camino de la celebridad y de los honores; estímulo poderoso que excita á los hombres, aun quando no aspiran á la gloria sino por sentimientos nobles y desinteresados. Por otra parte la semilla de la curiosidad que habia empezado á extender en los siglos precedentes, adquiria cada dia nuevo vigor, y aumentada su actividad con la importancia de los objetos á que se dirigia, caminaba siempre á dar mayor extension á los límites en que habia estado mucho tiempo estrechada. Por un lado los enemigos de la Iglesia habian osado llevar sus investigaciones á todo lo sagrado de la religion, ya en sus dogmas, ya en su culto, ó ya en sus usos: por otro los teólogos, bien fuese refutando los principios de los hereges, ó desentrañando las pruebas de las verdades católicas, habian adoptado el método de sujetar todas las cuestiones y puntos de controversia á un exámen riguroso. En fin los griegos echados de Constantinopla por las victorias de los otomanos, y forzados á buscar un asilo entre los latinos, ofrecieron un nuevo alimento á los entendimientos deseosos de saber, y abrieron á los literatos caminos casi desconocidos hasta entonces en Occidente. De todas estas causas reunidas nació cierto nuevo ardor para el estudio, que multiplicó los sabios y los escritos. En la noticia que vamos á dar nos detendremos, como hemos hecho ya en los demas siglos, sino en los escritores y en las obras mas dignas de ser conocidas. Empecemos por los griegos.

A principios de este siglo florecia Simeon, arzobispo de Tesalónica, que se hizo igualmente recomendable por su saber que por su virtud. Su principal obra es un tratado de liturgia en que explica con mucha exáctitud y erudicion todo lo concerniente á las iglesias, á los ministros, á las vestiduras sacerdotales, á la celebracion de la misa y á las otras ceremonias de la Iglesia. Este tratado, cuya importancia es fácil conocer, se publicó por el padre Goar, dominico, en su coleccion de los rituales griegos. Han quedado tambien de Simeon otras muchas obras, que se

conservan manuscritas en la biblioteca del vaticano y en la de Viena. Pónese la muerte de este escritor hácia el año de 1429.

Entre los autores griegos que se grangearon nombre en el siglo XV., hay pocos mas ilustres que Besarion. Era este monge de la orden de san Basilio, y le hicieron arzobispo de Nicea, para que pudiese presentarse con mas autoridad en el concilio de Florencia, adonde fué acompañando al emperador Juan Paleólogo. Presentóse pues con el mayor esplendor, haciéndose admirar por su erudicion, su eloqüencia y la cultura de su language. Primeramente sostuvo con fuerza las opiniones de los griegos tocante á los objetos controvertidos entre las dos iglesias; pero despues se rindió á las razones que los latinos alegaban en su favor, y entró en los medios de conciliacion que se le propusieron; debiéndose en parte la union concluida en este congreso á la vigilancia con que procuró allanar las dificultades, y al don maravilloso que tenia de mover los ánimos. Habiéndole hecho su zelo odioso á los griegos se quedó en Italia, no queriendo exponerse al resentimiento de los cismáticos, de quienes temia ser víctima si volvía á Oriente. Fué honrado con la dignidad cardenalicia, y él la honró con su gran sabiduría, con su prudencia y con su piedad. Estuvo muy cerca de ser elevado á la santa sede despues de la muerte de Nicolao V., y sin duda se hubiera verificado si hubiese dado algunos pasos para ganar á los cardenales contrarios; pero era muy enemigo de las solicitudes para envilecerse acariciando á unos faccionarios que despreciaba, y para comprar su elevacion á este precio. Y á la verdad que es mas glorioso para él habersele juzgado digno del trono pontificio, que si hubiese llegado á él por unos medios que hallaria reprehensibles.

Las obras del cardenal Besarion son: un tratado del sacramento de la Eucaristía, en que prueba que el pan y el vino se convierten en el cuerpo y sangre de Jesu-Christo en virtud de las palabras de la consagracion: muchos escritos dogmáticos y polémicos sobre la union de las dos iglesias y sobre los puntos que las habian dividido; y tambien varios tratados sobre materias filosóficas, que hacen ver que era tan buen filósofo como hábil teólogo.

Jorge Escolario, que fué promovido á la silla de Cons-

tantinopla por Mahometo II., y que con este motivo tomó el nombre de Gennadio, se distinguió asimismo por su zelo á favor de la union, y por los sabios escritos que publicó en esta causa. Juan Paleólogo le llevó consigo á Florencia, en donde adquirió una gran reputacion por el modo noble, claro y metódico con que trataba las materias mas difíciles y complicadas. Dirigió á los obispos griegos una carta muy eloqüente sobre las ventajas que debian resultar de la union proyectada entre las dos iglesias, y sobre los medios de llegar á ella. Pronunció en el concilio tres hermosos discursos sobre la paz; y terminando aquel, defendió con una apología excelente los cinco artículos del decreto que en él se habia formado tocante á la procesion del Espíritu Santo, al uso del pan ázimo, al purgatorio, á la bienaventuranza de los santos, y al primado del papa. "Este autor, dice Dupin en su Biblioteca, siglo XV., pág. 419, escribe con facilidad, es abundante en sus términos, noble en sus expresiones, y sólido en sus ratiocinios." Despues de haber sido tan favorable á la union mudó de dictámen á persuasiones de Marcos de Efeso, el mayor partidario del cisma que hubo en toda la iglesia griega. Pero fatigado de las turbaciones que agitaban su iglesia, renunció el año de 1458, y se retiró á un monasterio en donde acabó sus dias, aunque no se sabe quando.

No podemos omitir aquí dos sabios de los mas célebres entre los griegos que se retiraron á Occidente á mediados de este siglo; bien que se deben colocar ántes en el número de los literatos que de los teólogos. El primero es Jorge de Trebizonda, llamado así por el lugar de su origen, que pasó á Roma en el pontificado de Eugenio IV., y que despues de haber enseñado la retórica y la filosofía en esta capital del mundo christiano, fué secretario del papa Nicolao V., y murió hácia el año de 1480. Quedaron de él algunos escritos teológicos en favor de los latinos, en los cuales combate con fuerza las opiniones de los griegos que servian de fundamento al cisma; y algunas traducciones latinas de varias obras de los padres griegos, entre otras la de la preparacion evangélica de Eusebio. El segundo es Juan Argirópulo, que halló acogida y empleos honoríficos en Florencia por la proteccion de Cosme de Médicis, cuyo hijo educó experimentando la

generosidad del padre. La única obra teológica que tenemos de él es un tratado de la procesion del Espíritu Santo en defensa del decreto de Florencia, y de la iglesia latina.

El origen obscuro de Pedro de Ailli solo sirvió de dar mas lustre á su mérito y á su nombre. Nació en Compiègne el año de 1350, y el colegio de Navarra en que tuvo una beca, fué la cuna, digámoslo así, de su talento; distinguiéndose en él temprano por la excelencia de su entendimiento, y por sus progresos en las ciencias. Despues de haber sido sucesivamente canónigo de Noyon, superior del colegio de Navarra, canceller de la universidad, limosnero y confesor del rey Carlos VI., y tesoroero de la santa capilla de París; fué electo obispo de Puy-en-Velai, y despues de Cambray en 1395. Finalmente el papa Juan XXIII. le promovió al cardenalato el año de 1411, y en esta calidad asistió al concilio Constantiense, teniendo gran parte en todo lo que allí se hizo, y pronunciando muchos discursos sobre los diferentes objetos que ocupaban á este augusto congreso. Murió en Cambray el año de 1425.

Este piadoso y sabio cardenal compuso un gran número de obras, de las cuales muchas se han impreso, y algunas se conservan manuscritas en la biblioteca del colegio de Navarra. Entre las impresas la mas importante es un tratado de la reforma de la Iglesia, en que refundió muchos escritos hechos en diferentes ocasiones sobre el mismo asunto. Compónese este tratado de un prefacio, y de seis capítulos: en el prefacio hace ver Pedro de Ailli que es absolutamente necesario trabajar sin tardanza en la reforma de la Iglesia, por causa de los desarreglos que se han introducido en ella por la desgracia de los tiempos, y la negligencia de los pastores; desarreglos que no harán mas que aumentarse si no se les aplica un pronto remedio. En el primer capítulo establece el autor que no puede executarse la reforma de la Iglesia sino con la autoridad de los concilios generales y provinciales, en quienes reside todo el nervio de la disciplina, y todas las luces reunidas. En el segundo capítulo examina lo que es menester reformatar en la corte Romana, y en el mismo papa; con cuyo motivo pasa á individuar varias cosas muy propias para dar á conocer los abusos que originaba el cisma. El capítulo tercero tiene por objeto la

reforma de la Iglesia en sus principales miembros, que son los obispos y los prelados, los quales tanto por la autoridad de que estan revestidos, como por la influencia de su exemplo sobre todo el cuerpo de la sociedad christiana, son en medio de ella unos principios de fuerza ó de corrupcion que tienen una eficacia sin igual. El quarto es concerniente á la reformacion de las órdenes religiosas, y el autor no teme decir que hay demasiadas, y que sobre todo los mendicantes multiplicándose han originado muchos abusos: habla tambien de las órdenes militares, y muestra la necesidad de restituirlas al objeto de su instituto. El capítulo quinto trata de la reforma del clero inferior, haciéndose en él sabias observaciones sobre las qualidades necesarias á los eclesiásticos, sobre la ciencia y virtud que se debe buscar en ellos para elevarlos á las órdenes, y conferirles beneficios, y sobre las mudanzas que convendria hacer en las universidades tocante á la naturaleza y método de sus estudios. Finalmente, en el sexto y último capítulo se extiende Pedro de Ailli sobre la reforma de los legos de todas clases, y los avisos que allí da á los principes christianos acerca de sus obligaciones, y del uso que deben hacer de su autoridad, estan llenos de sabiduría, y prueban que no ignoraba las verdaderas máximas de gobierno, tan poco conocidas en el siglo en que vivia.

El teólogo mas sabio que se apareció en este siglo fué sin contradiccion Juan Charlieu, mas conocido por el nombre de Gerson, que tomó del lugar de su nacimiento, sucedido el año de 1363. Debió su educacion y sus progresos en las ciencias eclesiásticas al colegio de Navarra, en que fué recibido de edad de catorce años, habiendo tenido por maestros á Pedro de Ailli, y á Gil de Champs, los profesores mas hábiles que tenia entónçes la universidad de París en su recinto. Después de haber estudiado con ellos la teología por espacio de diez años, obtuvo la borla de doctor el de 1392, y en 1408 le proveyeron el curato de san Juan-en-Greve.

Con el motivo del asesinato executado en Luis, duque de Orleans, hermano del rey Carlos VI., por orden del duque de Borgoña, y de haber osado justificarlo el doctor Juan Petit con unas máximas que se dirigian á trastornar la sociedad, se levantó Juan Gerson contra es-

ta doctrina homicida, y habiéndola denunciado en el concilio de Constancia, logró que se condenase á pesar de lo que movieron los emisarios del duque para impedirlo. Presentóse Gerson en este ilustre congreso con el carácter de embaxador del rey de Francia, y de diputado así de la universidad de París, como de la provincia eclesiástica de Sens. Hízose admirar por su zelo en los intereses de la Iglesia, y por sus vastos conocimientos. Los hombres mas ilustrados de todas las naciones que se hallaban allí reunidos le honraron como al teólogo mas sabio que habia en aquel tiempo en la Iglesia. No se trató cosa importante sin que se mirase como obligacion el consultarle, y siempre que se ofrecia algun punto de difícil discusion, formaba un nuevo escrito para aclararlo. Después de disuelto el concilio, temiendo Gerson justamente el resentimiento del duque de Borgoña, no se atrevió á volver á París, y se vió obligado á ocultarse: por último, habiéndose retirado á Leon de Francia, se ocupó este grande hombre toda su vida en instruir á los niños: su muerte se pone hácia el año de 1429, siendo de edad de 66 años.

Gerson es el escritor mas fecundo de su tiempo, pues ha escrito sobre todos los objetos de la ciencia eclesiástica. Sus obras, de que se hicieron un gran número de ediciones, fueron recogidas por Dupin, y publicadas en Holanda á principios de este siglo en cinco volúmenes en folio. Estan distribuidas en cinco clases: la primera comprehende los tratados dogmáticos: la segunda los de disciplina: la tercera los de moral y de piedad: la quarta los que tienen por objeto la explicacion de la sagrada escritura; y la quinta encierra diversos escritos sueltos con el título general de obras mixtas. Querer hablar por menor de esta multitud de obras, que son todas preciosas y recomendables por alguna cosa, seria salir de los límites á que nuestro plan nos precisa á ceñirnos; y para nuestro objeto bastará referir las principales máximas y reglas de conducta que resultan de sus escritos. 1.^a La potestad eclesiástica es toda espiritual, y fué conferida sobrenaturalmente por Jesu-christo á los apóstoles y á sus discípulos, para que pasase á sus legítimos sucesores hasta el fin de los siglos; debe servir únicamente para mantener la sociedad christiana, y conducir á los hombres á

ta salvacion eterna. 2.^a Esta potestad considerada por lo tocante á su objeto, se divide en dos ramos que tienen un tronco comun; es á saber, la potestad de órden, y la de jurisdiccion: la primera mira á la consagracion del cuerpo de Jesu-christo, á la administracion de sacramentos, y á los demas exercicios del ministerio sagrado: la segunda es relativa al fuero interior ó exterior: quando se ciñe al fuero interior, no se exerce sino sobre los que voluntariamente se someten á ella, y no tiene otro fin que alumbrarlos y santificarlos, curando las llagas de su alma: quando se extiende al fuero exterior no tiene mas objeto que las penas espirituales, de las quales es la mayor la excomunion. 3.^a La autoridad del concilio general es soberana en la sociedad christiana; decide en última instancia las causas de la fe, y á ella pertenece reformar la Iglesia en su cabeza y en sus miembros. 4.^a En los tiempos de cisma, quando no se conoce de cierto entre dos pretendientes al trono pontificio qual es el legítimo papa, es menester abstenerse de condenarse mutuamente, y sobre todo no separarse los unos de la comunion de los otros. 5.^a Aunque la Escritura es la regla de la fe, puede recibir diferentes interpretaciones, y toca á sola la Iglesia el darle su verdadero sentido. 6.^a Toda doctrina anunciada por los que no tienen la autoridad de enseñar en la Iglesia, debe ser sospechosa, y mucho mas si no es conforme á la Escritura y á la tradicion. 7.^a Los jueces de la doctrina son el concilio general, cuyas decisiones son infalibles é irreformables, el papa en toda la Iglesia, y cada obispo en su diócesis. 8.^a Todo milagro que no es ni necesario, ni útil, ni tiene relacion con la religion, ni se dirige á confirmar la fe, ni á mantener las buenas costumbres, debe desecharse; y mucho mas si se encamina á establecer una doctrina nueva ó contraria á la de la Iglesia. 9.^a Lo mismo se ha de decir de las revelaciones, y otras operaciones extraordinarias, que no se deben atribuir á Dios quando encierran alguna circunstancia capaz de hacerlas sospechosas de ilusion, especialmente quando resultan de ellas deducciones poco conformes á la verdadera doctrina. 10.^a Todas las veces que hay motivo para creer que el orgullo, el interes ó el deseo de hacer ruido en el mundo son el principio de este género de operaciones, se deben despreciar y rechazar.

“Desde el tiempo de san Bernardo, dice Dupin, Biblioth. siglo XV. pág. 264. y 265., no tuvo la Iglesia autor de mayor reputacion, de ciencia mas profunda, y de piedad mas sólida que Gerson. Su estilo es duro y poco estudiado, pero metódico; raciocina justamente, y agota las materias que trata... Sin embargo es preciso confesar que no todas sus obras son de igual fuerza, y que no siempre abraza el buen partido en las cuestiones que decide; mas esto no quita que los teólogos puedan sacar mucho provecho de ellas leyéndolas con aplicacion.” Tal es el juicio de uno de los mejores críticos de nuestros dias sobre las obras de este doctor célebre, que casi siempre tuvo las armas en la mano para defender la verdad.

Despues del ilustre Gerson, uno de los sabios mas distinguidos de este siglo fué Nicolas Clemangis ó Clemanges, nombre de un lugar de la diócesis de Chalons, en donde nació por el año de 1360. Su padre, que era médico, le envió á seguir sus estudios á París en la edad de doce años, y entró en el colegio de Navarra, en donde no tardaron en manifestarse las felices disposiciones que tenia para las ciencias. Su talento natural perfeccionado con un continuo trabajo le adquirió gran reputacion en el mundo sabio. Fué Rector en 1393 de la universidad de París, de la qual era uno de los principales ornamentos. Habiendo sucedido Pedro de Luna á Clemente VII. con el nombre de Benedicto XIII., este pontífice, cuyos derechos al papazgo eran fuertemente combatidos, llamó cerca de sí á Clemangis, no pudiendo hallar una pluma mejor para su defensa. Pero como Benedicto hubiese publicado el año de 1407 una carta muy violenta contra el rey y el reyno de Francia, y se hubiese acusado á Clemangis de ser su autor, se vió obligado á refugiarse en Génova; y habiendo vuelto á pasar á Francia con el motivo de ir á Langres á tomar posesion de un canonicato y de la dignidad de tesorero de esta iglesia, en que habia sido provisto durante su residencia en Aviñon; el resentimiento del rey, cuyos efectos temió, le puso en la necesidad de ocultarse en la cartuxa de Valleumbrosa, y en este retiro fué donde compuso la mayor parte de sus obras. Habiendo reconocido el rey su inocencia, ó habiéndole perdonado, volvió á Langres, y pasó allí al-

gunos años: despues fué chantre y arcediano de Bayeux. En sus últimos años se retiró al colegio de Navarra, del qual fué provisor, y en donde murió el año de 1440 de edad muy avanzada. Tenemos de este sabio doctor una coleccion de ciento y treinta y siete cartas: un tratado intitulado: *de corrupto Ecclesie statu*, y un poema sobre el mismo asunto en que llora los males causados por el cisma: un tratado de la oracion y del restablecimiento de la justicia: dos tratados en forma de conferencia sobre la infalibilidad del concilio general: algunos escritos ménos considerables sobre diversos asuntos de moral y de disciplina; finalmente un tratado de los estudios teológicos. Las cartas de Clemangis son la parte mas curiosa y mas importante de sus obras: estan escritas con elegancia y pureza, y se hallan en ellas pasages de historia, quæstiones de crítica, avisos saludables, vivas pinturas de las virtudes y de los vicios, reflexiones morales y políticas que hacen su lectura igualmente útil que agradable. Este autor pasa con razon por el hombre mas eloqüente de su siglo, y su latinidad es infinitamente mas pura y mas elegante que la de los otros escritores de aquel tiempo.

Tomas Walden, natural del lugar de Walden en Inglaterra, del qual tomó el nombre, tuvo sus estudios en la universidad de Oxford, y despues de haber recibido en ella la borla de doctor, entró en la órden de los carmelitas. Asistió á los concilios de Pisa y de Constancia, y se debe juzgar de su mérito y reputacion por la circunstancia de habersele escogido para confesor de Henrique V. rey de Inglaterra, á cuyo príncipe siguió á Francia, en donde murió el año de 1430. Combatió este autor fuertemente los errores de los wiclefitas y de los husitas, y nadie conoció mejor que él los principios de estos hereges. El método observado en la voluminosa obra que publicó contra ellos, es sencillo, y pudiera servir de modelo á los escritores que siguen la misma carrera. Primero expone con claridad cada error que emprende refutar: despues refiere los pasages de la escritura sagrada, de los padres, y de los autores eclesiásticos que establecen la verdad de fe contraria á la asercion errónea; últimamente saca de estos pasages las conclusiones que se derivan de ellos naturalmente, y así el fondo de su obra es propiamente un quadro de la tradicion contra el wi-

clefismo y el husitismo; quadro que demuestra á un mismo tiempo la novedad de esta doctrina, y la certidumbre de las verdades de que la Iglesia estaba en posesion ántes de nacer Wiclef y Juan Hus.

Uno de los prodigios del siglo XV. por la admirable fecundidad de su pluma fué Don Alonso el Tostado, obispo de Avila. Habiendo obtenido el grado de doctor en la universidad de Salamanca de edad de veinte y dos años. y habiendo muerto de quarenta en 1454, dexó un número de obras bastante grande para formar veinte y siete volúmenes en folio, que la mayor parte son comentarios sobre la sagrada escritura. Lo que sobre todo se admira en ellas es la vasta extension de conocimientos que el autor habia adquirido en un espacio de vida tan corto. Su método en general es suscitar con ocasion del texto sagrado diferentes quæstiones en que se detiene sucesivamente, aunque muchas veces solo tengan una conexiõn bastante remota con las palabras que se propone explicar; lo qual le hace caer en freqüentes digresiones, cuyo objeto por lo regular es mas curioso que útil (a).

(a) Si el abate Ducreux se ha extendido con razon en los sucesos y obras de algunos dignos escritores sus compatriotas, no será extraño que nosotros procuremos dar una idea mas individual del insigne español Don Alonso de Madrigal, conocido generalmente por el Abulense, ó el Tostado. El lugar de Madrigal en Castilla fué el que produjo este raro ingenio, que empezó á cultivar su entendimiento en aquel florido plantel de sabios, la universidad de Salamanca. Allí estudió la filosofía, la teología, el derecho civil y canónico, las lenguas griega y hebrea; y allí tuvo el honor poco comun de conseguir el grado de Maestro, no á los veinte y dos años de edad, como dice Ducreux, sino á los veinte y cinco, segun Don Nicolas Antonio. Fué colegial del mayor de san Bartolomé, canónigo y maestre-escuela de la santa Iglesia de Salamanca, consejero de Castilla, chanciller mayor, y últimamente obispo de Avila por promocion de Eugenio IV., á instancias de Don Juan el II. Tuvo una memoria portentosa, y defendió en la ciudad de Sena varias proposiciones teológicas, y entre ellas aquellas cinco que dieron lugar á la severa censura de su gran antagonista Torquemada, y al célebre *defensorio* que hizo de ellas el Abulense: de las quales no hay tiempo para decir mas que, segun las ha sostenido su autor, se tienen hoy por exéntas de error. Murió el Tostado el año de 1455 á los 55 de edad, como siente Don Nicolas Antonio, notando haberse equivocado los que afirman que fué á los 40, de cuyo número es el abate Ducreux. Podiéramos referir una multitud de elogios que han hecho de este hombre extraordinario varios doctos; pero no lo permite la brevedad. La real academia española le hizo justicia, excitando la eloqüencia nacional en su alabanza, y premiando el digno elogio hecho por Don Joseph Viera y Clavijo el año de 1782.

Sus obras latinas, conforme estan divididas en la edicion de Venecia de 1615, constan de veinte y quatro tomos, y son las siguientes